RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Bergel, Martín

Guillermo Giucci, La vida cultural del automóvil. Rutas de la modernidad cinética, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo, 2007, 248 páginas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Bergel, M. (2009). Guillermo Giucci, La vida cultural del automóvil. Rutas de la modernidad cinética, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo, 2007, 248 páginas. Prismas, 13(13), 367-368. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1921

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Jonathan Rose
The Intellectual Life of the British Working Classes,
New Haven- Londres, Yale University Press, 2001,
534 páginas

Jonathan Rose se propone en este ambicioso libro transitar un tema, que como el mismo autor lo sostiene, es considerado inabordable: la experiencia y el impacto de la práctica de la lectura en personas ordinarias, más precisamente entre miembros de las clases obreras británicas. Rose cubre un extenso período en el tiempo, desde la era preindustrial hasta el siglo veinte, aunque sin seguir un enfoque cronológico estricto. A lo largo de trece capítulos Rose se vale de variadas y muy numerosas fuentes como autobiografías, memorias, encuestas y registros estadísticos de bibliotecas para iluminar la cultura autodidacta de las clases subalternas británicas. Discute qué y cómo leían. Concentrándose en casos muy diversos (a veces organizados en torno a determinados textos, o tipos de textos y/o literatura, otras veces en torno a determinados personajes o a instituciones como las sociedades de socorros mutuos o las bibliotecas públicas) nos muestra como aun la literatura más conservadora podía ser "potencialmente explosiva" en las mentes de sus lectores. Incluso la Biblia asume, en algunos de los lectores que Rose nos describe, un efecto liberador. La lectura aparece representada como una actividad altamente valorada por los sectores plebeyos, alimentada entre otras cosas por el deseo de singularidad. Pese a subrayar el sesgo positivo, el libro no niega las tensiones y conflictos que las actividades de la cultura autodidacta provocaban tanto en las clases bajas como en el resto de la sociedad. Tampoco falta en las páginas de esta historia la dimensión de género, mostrando que la vida intelectual no asumía ni el mismo significado ni tenía las mismas implicaciones prácticas para varones y mujeres.

Muchos son los hallazgos de este libro: uno de ellos es el tipo de material que rescata y la forma matizada en que el autor lo aborda, contrastando autobiografías con evidencia estadística. Es la riqueza de esas fuentes la que permit mostrar con ejemplos concretos el efecto transformador de la lectura en la vida de las personas. No obstante, el libro es más que el documentado y fascinante estudio de una serie de experiencias singulares sobre la cultura autodidacta de las clases subalternas en el Reino Unido: es una apuesta y una invitación a dar vuelta el clásico foco de la historia intelectual y la crítica literaria (el estudio de obras y autores) para detenerse en cambio en el estudio de los lectores.

F. F.

Guillermo Giucci
La vida cultural del automóvil. Rutas de la modernidad cinética,
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes y Prometeo, 2007,
248 páginas

La historia cultural argentina y latinoamericana por lo general no ha sabido mostrar la misma heterodoxia que la practicada en lugares como Francia o los Estados Unidos a la hora de seleccionar y construir sus objetos de análisis. Ésa es una de las razones por las cuales resulta auspiciosa la aparición de este libro de Guillermo Giucci, publicado en la colección "Las ciudades y las ideas", que dirige Adrián Gorelik, y que hace foco en un tema que ha ocupado un lugar central en el despliegue de la modernidad desde inicios del siglo pasado: ése que el autor presenta a través del tan elegante como certero título de "vida cultural del automóvil". Bajo esa rúbrica, Giucci explora un vasto y heterogéneo conjunto de materiales que acompañaron el ascenso triunfal de ese artefacto entre 1900 y 1940, en un recorrido a través de la literatura, el ensayo de ideas, el cine, la pintura, el cómic, las memorias y las crónicas periodísticas urbanas que exhibe la poderosa huella que dejó a su paso la emergente automovilidad. Sorprende a quienes hoy asistimos impávidos a la transformación relativamente silenciosa y acrítica del espacio público urbano por la multiplicación exponencial de automóviles en los últimos años, el abanico de tópicos a los que este objeto fue asociado por la imaginación

cultural de la primer mitad del siglo XX, y que Giucci, en un trabajo que no pudo sino demandarle años, se encargó pacientemente de acopiar. Del conjunto de cuestiones abordadas en el libro, que entre otros muchos temas incluye un detenido tratamiento del "mito de Henry Ford" y una consideración del carácter inherentemente trasnacional de la trama material que subtendió la expansión de la cultura automovilística, se destilan dos posiciones contrapuestas que indican la ambivalencia con que ella fue recibida: de un lado, la celebración e incluso la fascinación ante ese objeto imponente de la técnica, vinculadas a un abanico de representaciones y fantasías (de estatus social, de poder, de seducción y erotismo, de asunción de una plena libertad individual); de otro, la condena del automóvil por sus implicaciones socialmente desigualitarias, por sus secuelas mortíferas en materia de accidentes, y por ser un dispositivo deshumanizante y perturbador de las relaciones sociales. En definitiva, y a pesar de que puede endilgarse a Giucci un cierto descuido en el modo poco ordenado y saltarín de exposición de la miríada de tópicos que visita, la historia cultural latinoamericana cuenta a partir de este estimulante libro de resonancias simmelianas con un nutrido campo de registros sobre ese elemento tan hondamente transformador de la vida moderna.

M. B.

Carlos Altamirano (dir.)
Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo,
Jorge Myers (editor del volumen)
Buenos Aires, Katz Editores, 2008, 588 páginas

Las élites culturales han tenido un lugar importante en la historia de América Latina. Incluso se ha señalado que el rol decisivo de los intelectuales en la vida política constituiría uno de los rasgos propios de la región. Pero tal juicio, aunque ha dado lugar a numerosos trabajos acerca de las ideas sostenidas por esos letrados y también a miradas edificantes sobre la misión de la "inteligencia americana", no se ha traducido en una historia que dé cuenta de las posiciones sociales y las prácticas de esos productores culturales. Es ese vacío el que el numeroso grupo de trabajo encabezado por Carlos Altamirano –formado por investigadores de diferentes orígenes nacionales y disciplinarios– se propuso llenar. Siguiendo a Ángel Rama, invocado en el subtítulo, se intentó reconstruir el espacio específico de las élites letradas y su relación con el sistema de poder. O bien, con Tulio Halperin Donghi, otro referente en que la obra se inspira, tomar en cuenta tanto las modificaciones en las mismas élites ilustradas como el modo en que las reconfiguraciones del espacio social modifican el lugar que los letrados ocupan.

El libro que aquí se comenta, compilado por Jorge Myers, es el primero de dos que componen el proyecto, y da cuenta de las continuidades y rupturas que se dan en *la ciudad letrada* hasta fines del siglo XIX. El punto de partida es el período colonial respecto del que se señala el contraste entre la compleja *República del saber* que los letrados, mayormente eclesiásticos, lograron construir en Hispanoamérica y la más débil y subordinada posición de éstos en la América lusófona. A continuación, diferentes trabajos abordan cómo las revoluciones políticas y sociales de comienzos del siglo XIX modificaron el lugar de los escritores públicos jerarquizando el papel de juristas, burócratas y, sobre todo, de periodistas. Como muestran varios de los artículos, la posibilidad de la crítica pública y el crecimiento del público lector permiten postular que comenzaba a surgir, aunque en forma incipiente –especialmente en el Brasil, donde la corona ocupaba el centro de las actividades intelectuales– un *espacio público* en el que los intelectuales podían sostener la imagen de autonomía a la que los instaba el romanticismo. Sin embargo, al acercarse el fin de siglo, sería ese mismo crecimiento del público lector, unido a la democratización social, el que reemplazaría a los omnímodos profetas románticos por nuevas figuras de intelectual, características del fin de siglo: el científico positivista, el intelectual revolucionario, el intelectual modernista y el escritor de literatura popular.

R. M. M.